

El calentamiento global

climatología. Es la ciencia que estudia el clima y que ha cobrado una importancia suprema en los días que corremos, puesto que los científicos creen que los dos más graves problemas que afrontará la humanidad en la primera mitad del siglo XXI serán la escasez de *<agua dulce y los cambios climáticos catastróficos.*

Las investigaciones científicas recientes afirman que los desórdenes del clima serán un fenómeno mucho más grave de lo que se pensaba. Los impactos del calentamiento de la Tierra pueden ya observarse en varias zonas del planeta. Y por eso los científicos piden a los políticos que comiencen a preocuparse del futuro de nuestra casa común.

El calentamiento del planeta a causa del *efecto invernadero* de ciertos gases, la destrucción de la capa de ozono, los desórdenes climáticos, la desertización, la extinción de la biodiversidad y la escasez creciente de agua dulce, son algunos de los problemas que se originan en el industrialismo moderno, en el urbanismo y, en general, en la aplicación utilitaria de los conocimientos tecnológicos a las tareas de la vida social y de la producción.

El llamado *efecto invernadero* --que existió siempre pero que hoy ha crecido en magnitudes peligrosas-- se produce porque ciertos gases que emanan de la Tierra, principalmente el CO₂ proveniente de la quema de combustibles fósiles --los derivados del petróleo, el carbón, el gas natural-- y de la oxidación del carbono por causa de la deforestación, al condensarse en la atmósfera, forman una capa que impide la salida de las emisiones de calor de la superficie terrestre y origina el aumento de la temperatura del planeta. A su vez, el incremento de la temperatura planetaria produce cambios en el clima, tormentas tropicales, deshielo de los glaciares, aumento del nivel de los mares, inundaciones y otros efectos que con el tiempo pueden llegar a ser catastróficos para la vida humana.

Estudios científicos de finales del siglo XX señalaban que los bosques y los suelos almacenan unos 200.000 millones de toneladas de carbono, que son aproximadamente el triple de la cantidad concentrada en la atmósfera por efecto de la combustión. Investigaciones hechas en la selva amazónica del Brasil por científicos brasileños, ingleses y australianos en 1993 demostraron que cada metro cuadrado de selva absorbe 8,3 moles de CO₂, lo cual significa que la cuenca amazónica sirve de sumidero para la décima parte de las emisiones totales del dióxido de carbono producido por las actividades del hombre. La deforestación origina la oxidación de ese carbono y su liberación hacia la atmósfera en forma de dióxido de carbono. Se calcula que desde 1860 hasta nuestros días la tala de bosques en el mundo ha lanzado al aire, de esta manera, entre 90.000 millones y 180.000 millones de toneladas de carbono. Actualmente la deforestación es culpable de enviar a la atmósfera más del doble de CO₂ que el que lanza la combustión sumada de petróleo, gas natural y carbón. Esto significa que los países en desarrollo de África, Asia y América Latina, que en la actualidad son los principales

deforestadores en el mundo, tienen también responsabilidad en la formación de la capa de gases de efecto invernadero.

Este fenómeno probablemente producirá un calentamiento global del planeta estimado entre 1,6 y 4,7 grados centígrados hacia el año 2030 y de 2,9 a 8,6 grados hacia el año 2075. La *Comisión Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático* (cuyas siglas en inglés son IPCC), integrada por dos mil científicos del clima en el mundo, tiene otras cifras: sostiene que la temperatura del planeta aumentará de 0,53 a 1,86 grados centígrados y que los mares subirán entre 15,2 y 91,4 centímetros hacia el año 2100. Las cifras son menores pero no dejan de ser preocupantes por los tremendos efectos sobre el clima del planeta que se presentarán principalmente en forma de inundaciones, tormentas y sequías.

Durante el siglo XX el nivel medio del mar subió entre 10 y 20 centímetros, cambio que se atribuye al aumento térmico de los océanos y al derretimiento de los glaciares.

El aumento de la temperatura terrestre es ya perceptible y a él se atribuyen las sequías, inundaciones, tormentas tropicales y otros desórdenes del clima que sufren algunos lugares de la Tierra. Uno de los efectos catastróficos del aumento de la temperatura terrestre es la subida de nivel de los mares a causa de los deshielos de los glaciares, la cual producirá la inundación de ciudades y zonas costeras bajas y la destrucción de regiones agrícolas y pondrá en peligro la vida de millones de personas. Según algunos científicos, el calentamiento de 1,5 a 4,5 grados centígrados causaría un aumento del nivel general de los mares de 40 a 120 centímetros, suficiente para producir indecibles estragos en vastas zonas del planeta. La elevación de un metro en el nivel de las aguas marinas inundaría alrededor del 15% de las tierras labrantías de Egipto y comprometería la vida del 16% de su población, y en Bangladesh perjudicaría a tierras que albergan al 8,5% de sus habitantes. En Asia dejaría sumergidas enormes extensiones de manglares, especialmente en los deltas del Ganges y el Mekong. Si el nivel de las aguas marinas aumentara de 1,4 a 2,1 metros, se perdería por inundación del 40% al 76% de las tierras húmedas en producción de 52 áreas estudiadas por los científicos en los Estados Unidos de América. Estas serían algunas de las consecuencias devastadoras que produciría la elevación de la temperatura de la Tierra a causa del llamado *efecto invernadero* de los gases que los procesos industriales, la deforestación y otras actividades humanas emiten.

En un informe secreto del Departamento de Defensa de los Estados Unidos —hecho público por *"The Observer"* de Londres el 22 de febrero del 2004— que fue mandado elaborar bajo el gobierno de George W. Bush por el influyente y experimentado asesor de seguridad del *Pentágono*, Andrew Marshall, quien ha gravitado por más de tres décadas en el pensamiento militar norteamericano, y que fue realizado por los científicos Peter Schwartz, consultor de la CIA y antes jefe de planificación del Royal Dutch/Shell Group, y Doug Randell, de la Global Business Network, se afirma que los cambios

climáticos que se darán hacia el año 2020 producirán gravísimos desastres naturales que cobrarán millones de vidas humanas.

En este informe del *Pentágono* se sostiene que algunas ciudades de Europa se hundirán bajo las aguas de los crecidos mares y otras soportarán climas "siberianos" que congelarán a la gente. Estos desórdenes climáticos traerán grandes sequías, lluvias diluviales, inundaciones, deslizamiento de tierras, aluviones, huracanes, tifones, tornados, trombas marinas, tormentas de arena en los desiertos, destrucción de sembradíos, hambrunas, pandemias, enfermedades y desarreglos sociales de gran magnitud. El documento predice que los abruptos cambios climáticos podrán conducir al planeta a extremos de anarquía, que los países grandes desarrollarán amenazas nucleares para defender y asegurar los alimentos y que el agua y la energía serán cada vez más escasas. El informe dice que esta amenaza contra la estabilidad global será tan grande que eclipsará las acciones del terrorismo y que "los trastornos y conflictos serán características endémicas de la vida social". Prosigue: "una vez más las guerras definirán la vida humana". Y concluye que los cambios de clima "deben ser elevados más allá de un debate científico a una preocupación del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos" porque una catástrofe climática es verosímil y "desafiara la seguridad de los Estados Unidos en términos que deben ser considerados inmediatamente".

Las investigaciones científicas que se realizan acerca del "cambio global", y que incluyen estudios sobre los desórdenes del clima, la perforación de la capa de ozono, la destrucción de la biodiversidad y otros temas físicos, químicos, biológicos y botánicos, han revolucionado las ciencias de la Tierra y han generado una preocupación mundial por la suerte futura de la humanidad.

La primera respuesta importante de la comunidad internacional a este desafío fue la *Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático* --aprobada en Nueva York el 9 de mayo de 1992 y que entró en vigencia el 24 de marzo de 1994--, en cuyo preámbulo se dice que "los cambios del clima de la Tierra y sus efectos adversos son una preocupación común de toda la humanidad".

En ella se creó, como su órgano supremo, la *Conferencia de las Partes*, que debe reunirse anualmente.

El objetivo de estas conferencias es limitar, a través de consensos entre los países industrializados --vistos sus inventarios de emisión--, las concentraciones de los gases de efecto invernadero en la atmósfera a fin de estabilizar el clima del planeta, adaptar los ecosistemas a los cambios previstos, asegurar la producción de alimentos e impulsar el desarrollo económico sustentable.

En el marco de la *VII Conferencia de las Partes* --prevista en el artículo 7 de la *Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático*-- se aprobó en Marrakech el 11 de diciembre de 1997 el *Protocolo de Kyoto*, en virtud del cual las partes se comprometieron a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero en el periodo comprendido entre el año 2008 y el 2012. Los quince países de la Unión Europea

asumieron la obligación de disminuirlas en el 8% con relación a los niveles de 1990, Suiza y otros países de Europa en el 8%, Estados Unidos y Canadá en el 7%, Japón en el 6%. Rusia, Nueva Zelanda y Ucrania quedaron obligadas a estabilizar sus emisiones en el mismo plazo. Pero otros países, cuyos índices de emisión eran bajos, quedaron autorizados a subirlos: Islandia hasta el 10%, Australia hasta el 8%, Noruega hasta el 5%. El acuerdo se refiere a seis gases de efecto invernadero: dióxido de carbono (CO_2), metano (CH_4), óxido nitroso (N_2O), hidrofluorocarbonos (HFC), perfluorocarbonos (PFC) y hexafluoruro de azufre (SF_6).

Sin embargo, la organización ecologista *Greenpeace* calificó a la reunión como una "farsa" puesto que, en su criterio, las medidas acordadas estaban muy lejos de disminuir los impactos ambientales, las discusiones de la cumbre habían topado sólo tangencialmente el tema de la deforestación y se había exonerado de toda obligación a los países del tercer mundo, entre los que están dos grandes contaminadores: China e India.

A pesar de todo, los Estados Unidos y Australia se negaron a ratificar el *Protocolo* y, por tanto, quedaron al margen de las obligaciones que éste les imponía. Aunque el presidente George W. Bush argumentó en el 2001 que aquél es un acuerdo "carente de solidez científica", todo hizo pensar que su decisión, que causó gran malestar en Europa y en el mundo, obedeció a la presión de las compañías del petróleo y del carbón.

De todas maneras el Protocolo de Kyoto entró en vigor para sus 128 países sucriptores el 16 de febrero del 2005, cuando se cumplieron noventa días desde que Rusia depositó sus instrumentos de ratificación y, con ello, hizo posible que se cumpliera la condición estipulada en el acuerdo: la adhesión de no menos de 55 países que representaran al menos el 55% de las emisiones totales de dióxido de carbono de los países miembros, en cifras de 1990.

Las anteriores conferencias de las partes se realizaron: en Berlín, del 28 de marzo al 7 de abril de 1995, y en Ginebra del 8 al 19 de julio de 1996. Y las conferencias posteriores: en Buenos Aires, del 2 al 13 de noviembre de 1998; en Bonn, del 25 de octubre al 5 de noviembre de 1999; en La Haya, del 13 al 24 de noviembre del 2000; en Marrakech, del 29 de octubre al 9 de noviembre del 2001; en Nueva Delhi, del 23 de octubre al 1 de noviembre del 2002; en Milán del 1 al 9 de diciembre del 2003; en Buenos Aires del 6 al 17 de diciembre del 2004.

(Pasado a Enciclopedia pero no al FCE)

club Bilderberg. En el mes de mayo de cada año se junta en algún lugar del mundo un centenar de grandes banqueros e industriales, jefes de gobierno, líderes políticos, economistas, presidentes de compañías transnacionales, científicos, académicos y dueños de los grandes medios de comunicación para discutir a puerta cerrada los temas globales

de la geopolítica y geoeconomía planetarias. Acuden miembros de la realeza europea, representantes personales de los gobernantes norteamericanos, aspirantes a la Casa Blanca, jefes de gobierno y ministros europeos, pensadores políticos, economistas prominentes, académicos, magnates de los *mass media* y allí se reúnen con los directivos del Chase Manhattan Bank, Goldman Sachs, Banca Morgan, Barclays, Société Générale de Belgique, UBS, Daimler-Chrysler, Volkswagen, Xerox, France Telecom, British Telecom, Microsoft Corporation, Royal Dutch/Shell, Fiat, Danone, Danish Oil and Gas Corporation, Heineken N. V., Coca-Cola, PepsiCo., Bundesbank, Deutsche Bank, Siemens, Bayer, Lufthansa, Carlsberg, Renault, Nokia Corporation, Pirelli, Vodafone, Ericsson, Citibank, Nestlé y otras megacorporaciones transnacionales. Son los miembros del ultrasecreto y ultraexclusivo *Club Bilderberg*, que se fundó en 1954, en medio de los fragores de la >guerra fría, con el propósito de fortalecer las relaciones transatlánticas, afianzar determinados principios geopolíticos y geoestratégicos, favorecer la <gobernabilidad mundial --global governance--, buscar consensos en torno a los grandes temas de la agenda internacional y modelar el orden político y económico mundial de la segunda postguerra.

El *Club* lleva el nombre del lugar donde se celebró la reunión fundacional del 29 al 31 de mayo de 1954: el lujoso hotel *Bilderberg*, de propiedad del príncipe Bernardo de Holanda, en la ciudad holandesa de Oosterbeek. Sus fundadores fueron David Rockefeller, miembro de la dinastía del Chase Manhattan Bank; Giovanni Agnelli, presidente de la FIAT; Henry Kissinger, especialista en asuntos internacionales e influyente hombre público norteamericano; Denis Healy, ministro de defensa inglés; el príncipe Bernardo de Holanda --en una suerte de expiación de sus viejas culpas fascistas--; Joseph H. Retinger, masón judío de origen polaco; Colin Gubbins, director del *British Special Operations Executive*; y el general Walter Bedell Smith, quien fue embajador norteamericano en Moscú y director de la CIA.

El *Club* fue financiado, en sus orígenes, por los hermanos Rockefeller y el grupo bancario N. M. Rothschild. Después fue sustentado por ellos y por muchos otros "sumos sacerdotes del capitalismo", que formaron su núcleo duro.

El *Club* se ha definido formalmente como "una entidad destinada a fortalecer la unidad atlántica, frenar el expansionismo soviético y fomentar la cooperación y el desarrollo económicos de los países del área occidental"; pero con el paso del tiempo entró en el tratamiento de nuevos temas relacionados con el >neoliberalismo, la >globalización, el postcapitalismo, la energía nuclear, la seguridad universal, las cuestiones ambientales, los avances y consecuencias de las revoluciones digital y biotecnológica, la implantación de tres monedas universales para facilitar las transacciones internacionales: el <euro para Europa, el dólar para los Estados Unidos y el mercado de las Américas y una tercera moneda para la constelación de países del Asia-Pacífico.

Para alcanzar sus objetivos busca consensos entre los líderes de la política, la economía y los medios de comunicación, y apadrina una relación "incestuosa" entre los tres grandes poderes reales del planeta: el poder económico, el poder político y el poder mediático.

Hasta donde se ha podido conocer, el *Club* funciona mediante un sistema de círculos concéntricos, que giran en torno del comité directivo —el *steering committee*— compuesto por unas cuarenta personas --quince norteamericanas y veinticuatro europeas—, que formulan la agenda de la reunión anual, la organizan y escogen a sus invitados.

Detrás de su égida se reúnen las *élites globales* de los negocios y de la política para decidir los destinos del planeta. A su lado están los imperios mediáticos del *Washington Post*, Grupo PRISA, *Financial Times*, *The Economist*, *Le Figaro*, *La República*, *The New York Times*, *The Wall Street Journal*, *Die Zeit*, *Newsweek*, *Corriere della Sera*, *The National Post*, *Politiken* y otros. El periodista canadiense de origen ruso, Daniel Estulin, en su libro "*La verdadera historia del Club Bilderberg*", lo califica de "gobierno mundial en la sombra". Y hay sospechas, en efecto, de que los "amos del mundo" que allí se reúnen pretenden dirigir la política global y de que, a largo plazo, su idea es implantar un gobierno mundial único que sea capaz de ordenar el planeta y organizar las cosas económicas globales de acuerdo con los intereses de las grandes corporaciones transnacionales.

Este, que es el club más elitista y exclusivo del mundo, sólo admite a personajes de los países desarrollados. No se conoce que hayan sido invitados latinoamericanos, asiáticos ni africanos a participar en sus conclave. Los más conocidos *bilderbergers* han sido el consejero de Relaciones Públicas de Tony Blair, J. Pierpont Morgan, dueño de la Banca Morgan; el gobernador del Banco de Francia; el primer ministro de Dinamarca; el ex presidente francés Valéry Giscard d'Estaing; Klaus Schwab, presidente del Foro de Davos; George Bush, Bill Clinton y George W. Bush, ex presidentes de los Estados Unidos; Henry Kissinger, ex secretario de Estado y premio Nobel de la Paz; José M. Durao, ex primer ministro portugués y después comisario general de la Unión Europea; Donald Rumsfeld, ex secretario de Defensa de los Estados Unidos; el ex secretario de Estado Colin Powell; Alan Greenspan, ex jefe del *Federal Reserve System* de los Estados Unidos; James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial; Lord Carrington y Jaap de Hoop Scheffer, ex secretarios generales de la OTAN; Manuel Fraga, ex presidente del gobierno autónomo de Galicia; Juan Luis Cebrián, ex presidente de la Asociación de Editores de Diarios Españoles (AEDE) y otros personajes altamente situados en el escalafón político de Europa y los Estados Unidos.

Desde su fundación casi todos quienes llegaron a la Casa Blanca y a las sedes de los gobiernos europeos han pasado por los conclave *Bilderberg*. Sin embargo, la agenda y el contenido de sus deliberaciones se han mantenido en el más absoluto secreto. Los grandes medios de comunicación han observado fielmente el "voto de silencio" al que se comprometieron. Lo poco que se conoce se debe a eventuales

indiscreciones o infidencias de algunos *bilderbergers*. Por ejemplo, de no ser por las revelaciones que hizo en su libro de memorias el político inglés Lord Paddy Ashdown, miembro del *Club* y Alto Representante de la Unión Europea en Bosnia-Herzegovina, no se habría conocido que en la reunión de Santiago de Compostela en 1989 se trataron los asuntos cruciales de ese tiempo en el panorama mundial: la evolución política de la Europa del Este, el control de las armas nucleares, la inestabilidad de las economías de la Unión Soviética y de los países de su bloque, el destino del Pacto de Varsovia, las relaciones Estados Unidos-URSS y la unión monetaria europea.

Años más tarde el periódico sueco *Expressen GT* reveló, con base en las penetrantes investigaciones de uno de sus periodistas, que en el encuentro del *Club* celebrado del 24 al 27 de mayo del 2002 en Goteborg, Suecia, se afrontaron los temas de la globalización, la ampliación de la Unión Europea, el destino de la OTAN, los proyectos militares de los Estados Unidos y las relaciones de las potencias occidentales con Rusia, China y Japón. Es decir, los temas más importantes de la geopolítica mundial en ese momento, tratados por las personas más influyentes en la vida pública del planeta.

Sin embargo, la opinión pública mundial nada conoce sobre estos manejos. Apenas sabe que por allí hay un grupo de importantes señores empeñados en fortalecer la democracia en el mundo. Lo que no sabe es que ellos invocan la "democracia" para imponer la globalización, la tiranía del mercado y el darwinismo económico.

Esos magnates de la política y de la economía pretenden asumir la conducción del mundo. Fueron tremendamente reveladoras las frases de David Rockefeller: "...somebody has to take governments' place, and business seems to me to be a logical entity to do it".

Ellas desentrañaron los verdaderos designios del *Club Bilderberg*.

Bajo su sombra se concluyen los acuerdos entre los ricos y poderosos del mundo. Allí se fijan los objetivos que han de perseguir los gobernantes de los países desarrollados. Allí se ajustan las diferencias que eventualmente surgen en las relaciones transatlánticas --como las que emergieron en el 2002 en torno del protocolo de Kyoto, o de la invasión a Iraq, o de la Corte Penal Internacional, o del muro de seguridad de Israel-- para que la armonía impere entre los grandes del mundo. Por supuesto: todo dentro del mayor sigilo. Lo único que trasciende --si es que trasciende-- son sus espumosas postulaciones de un mundo de paz y de progreso. Hay demasiados intereses y compromisos económicos entre los dueños de los grandes medios de comunicación como para que ellos se puedan dar el lujo de informar sobre las reuniones del *Club Bilderberg*. La "libertad de prensa" no puede ir tan lejos. Pero los *bilderbergers* se valen de los medios de comunicación de alcance planetario, que están a su servicio, para mentalizar a la gente y convencerla de la bondad de sus planteamientos. Para eso se inventaron la publicidad y el *marketing*.

No hay duda de que, bajo el signo de la globalización, el capital internacional ha secuestrado buena parte de las atribuciones gubernativas del Estado y

que avanza una secuencia de concentración empresarial a escala planetaria que no tiene precedentes históricos. El proceso de megafusiones, que se inició en los últimos años del siglo anterior, ha creado empresas de tamaño descomunal, cuyas cifras de ventas anuales sobrepasan las del producto interno bruto de muchos países. La soberanía de los Estados y la potestad política de los gobiernos están en proceso de transferencia, en no despreciable medida, a favor de las corporaciones transnacionales que abarcan el planeta con su poder. En consecuencia, los imperios del futuro no serán los Estados sino los gigantes conglomerados empresariales y es presumible que los imperialismos venideros no tendrán a los Estados como sus protagonistas.

El *Instituto de Estudios Políticos* de los Estados Unidos, en un informe publicado a finales del siglo XX, señaló que, de las cien entidades económicamente más poderosas del planeta, cincuenta y una son corporaciones industriales o comerciales privadas y cuarenta y nueve son Estados. Para las grandes corporaciones transnacionales los límites estatales no cuentan: el mundo es un mercado al que hay que abastecer y los ciudadanos de todos los países son sus consumidores reales o potenciales. Las "plazas financieras" no coinciden, como antes, con la diagramación limitrofe de los Estados. La globalización ha "desterritorializado" la política y la economía. Las ha liberado de su circunscripción territorial. El ámbito geográfico estatal para los efectos del intercambio mundial ha pasado a ser menos importante que el tiempo como dimensión de la economía. La dimensión temporal se ha superpuesto a la espacial, en el sentido de que lo que tradicionalmente se ha considerado como "nacional" ha sido desbordado por "lo global" y de que los Estados cuentan cada vez menos como factores de la actividad política y económica. La "alianza" entre las telecomunicaciones, la informática y los transportes ha empuerqueñado el planeta. Ha aproximado sus puntos más distantes. Ha vencido las dificultades que antes le imponía la geografía. Esto lo saben bien los actores políticos y económicos globales, a quienes no interesa la territorialidad, en el sentido estatal de la palabra.

choque de civilizaciones. El profesor de la Universidad de Harvard, Samuel P. Huntington, en un artículo publicado en 1993 en la revista "*Foreign Affairs*" titulado "*The Clash of Civilizations*" ("*El choque de Civilizaciones*"), sostuvo la tesis de que los conflictos entre los pueblos serán en lo futuro --ya han comenzado a serlo-- luchas entre civilizaciones y no entre Estados. Afirma que la naturaleza de ellos ha evolucionado a lo largo de la historia: a partir de la paz de Westfalia en 1648, de la que surgieron los primeros elementos del Derecho Internacional moderno, durante tres siglos y medio se ha pasado del enfrentamiento entre príncipes al de Estados, luego a la confrontación entre ideologías y hoy a la lucha entre civilizaciones. Como consecuencia de la revolución rusa de 1917 --dada su carga ideológica y las fuertes reacciones que suscitó-- el conflicto entre Estados cedió paso a la confrontación entre ideologías --comunismo, nazifascismo, liberalismo, socialismo-- hasta que terminó la >guerra fría, que fue también una

confrontación esencialmente ideológica. Desde entonces advino la interacción entre la civilización occidental y las civilizaciones no occidentales. Los recientes conflictos lo demuestran. La secesión de la Unión Soviética y Yugoslavia, la guerra del Golfo, los conflictos separatistas en Indonesia, las confrontaciones armadas de Kosovo, las tensiones racistas y religiosas en muchos puntos del planeta, el conflicto de los *talibán* en Afganistán, la guerra de Iraq y las acometidas del terrorismo fundamentalista no tienen otra explicación. Escribe Huntington que *"el mundo será moldeado en gran parte por la interacción entre las siete u ocho principales civilizaciones. Éstas incluyen la occidental, la confuciana, la japonesa, la islámica, la hindú, la eslava-ortodoxa, la latinoamericana y posiblemente la africana. Los más importantes conflictos del futuro ocurrirán a lo largo de las líneas de demarcación cultural que poseen estas civilizaciones"*. Con base en tal hipótesis vaticina el profesor de Harvard que *"la próxima guerra mundial, si la hubiera, será una guerra entre civilizaciones"*.

Sin duda, la tesis de Huntington tuvo como antecedente la noción del "choque de civilizaciones" formulada por el filósofo de la historia Arnold Toynbee (1889-1975), para quien el devenir histórico es una sucesión de civilizaciones más que de naciones y entidades políticas, en el curso del cual ellas chocan entre sí. En su monumental "Estudio de la Historia" (1934-1961) el filósofo inglés analiza el nacimiento, esplendor y declinación de veintiuna civilizaciones a lo largo de los tiempos.

Ha de entenderse por *civilización*, para los efectos de lo que aquí se dice, un grupo social con historia, cultura y tradiciones propias, que resulta de largos años de vida común. La civilización entraña la aplicación práctica, en la organización social y en la producción, de los conocimientos que forman el acervo cultural de una comunidad, acumulados a lo largo del tiempo y de la convivencia. Por tanto, ella es, por decirlo de alguna manera, la cultura aplicada, que se expresa en un modo colectivo y aceptado de hacer las cosas en cada época y lugar.

Según la opinión de Huntington, el choque de las civilizaciones se dará ineluctablemente por varios motivos. Las diferencias entre ellas son de tanta profundidad que sería una quimera tratar de conciliarlas. No es fácil cambiar identidades culturales y tradiciones hondamente arraigadas en pueblos en los que la religión y las supersticiones no cesan de aumentar su influencia social, política, familiar e individual. La globalización de las ideas y los principios de Occidente tienen ese límite. Si bien el mundo se ha "achicado" a partir de las comunicaciones por satélite, los pueblos de Oriente no parecen dispuestos a aceptar los valores culturales que les vienen de fuera. Los propios conceptos de "globalización" y "universalización" son netamente occidentales. En consecuencia, la interdependencia no se presenta ante los ojos de las civilizaciones orientales como una fuente de cooperación sino de conflicto porque saben o intuyen que, en el fondo, es dependencia. Por eso Huntington concluye que "los esfuerzos de Occidente para promover sus valores de democracia y liberalismo como valores universales, para mantener su predominio militar y para desarrollar sus intereses económicos, engendrarán

respuestas contrarias de otras civilizaciones", por lo que, en su opinión, el choque entre ellas no sólo que resulta inevitable sino que además es una limitación a cualquier proyecto de alcance mundial.

No pretendo formular un juicio de valor sobre el tema sino reflejar una realidad evidente: la confrontación cultural que se plantea en el mundo cada vez con mayor fuerza. Este es un dato de la realidad, al margen de los culturalismos, esencialismos, confesionalismos y etnicismos, tan propios de los fundamentalismos de un lado y del otro, con que se ha enredado el tratamiento del tema; y al margen también del sustento que los planteamientos de Huntington han dado y pueden dar a los afanes hegemónicos de ciertos sectores norteamericanos, inspirados en la estrecha visión del mundo de Francis Fukuyama de que la única y posible "civilización universal", después de la contienda de la guerra fría, es la que se inscribe en la democracia liberal y capitalista con mercados abiertos. Al margen de todo esto es evidente que existe una profunda pugna entre culturas y civilizaciones. De un lado está la indignación de los pueblos orientales por la agresiva penetración cultural occidental, y, de otro, los intereses políticos y económicos concretos de las potencias de Occidente que ven al mundo como un solo y gran mercado que debe ser controlado y abastecido. En este marco, obviamente, nada preocupa más a Occidente que la posibilidad de un país islámico con armas nucleares.

Vivimos una época esquizoide y contradictoria en la que, a pesar de la intensificación de la migración, el intercambio de ideas y la libertad científica, el concepto de "choque cultural" resuena con mayor fuerza y de manera inquietante porque no han podido encontrarse respuestas válidas a la antigua pregunta de cómo manejar y atenuar los conflictos en torno a las pugnas culturales, religiosas y étnicas que han proliferado en el mundo.

Uno de los elementos que entraron en consideración del profesor Huntington fue el proyecto, reiteradamente propuesto por los líderes musulmanes de varios países, de formar un amplio frente panárabe, aunque éste, en medio de tropiezos y desgarraduras, no llegó a consolidarse a causa de las fricciones internas, las purgas partidistas, los fanatismos religiosos, las enconadas rivalidades personales y los desencuentros entre los líderes de los países árabes.

La integración del *Partido Socialista del Renacimiento Árabe* (*Arab Socialist Ba'ath Party*), de alcance multinacional, cuya fundación se atribuye a los intelectuales sirios Michel Aflaq y Salah al-Din al-Bitar en 1945 en la ciudad de Damasco, fue precisamente un intento de alcanzar la anhelada unidad política del mundo árabe. Este partido nació como un ala radical y secular de izquierda del Partido Árabe Nacionalista --*Arab Nationalist Political Party*-- y pronto abrió ramificaciones en varios países árabes --Libano, Iraq, Jordania, Arabia Saudita, Yemen, Libia, Egipto--, con mayor fuerza en Siria e Iraq, donde alcanzó el poder en 1963 mediante sendos golpes de Estado e implantó regímenes de partido único. Gobernó Iraq en tres periodos: el primero

--un periodo muy corto--, de febrero a noviembre de 1963, bajo el liderazgo del coronel Ahmad Hassán al-Bakr; el segundo, desde julio de 1968 hasta julio de 1979, nuevamente bajo el mando de al-Bakr, como presidente de la república y del Consejo del Mando Revolucionario; y el tercero, bajo el absoluto dominio de Saddam Hussein, desde julio de 1979 hasta el 20 de marzo del 2003, cuando la invasión militar anglo-norteamericana lo derrocó.

Los tres principios ideológicos fundamentales de los partidos del renacimiento árabe son: el socialismo árabe, el nacionalismo y el panarabismo.

El concepto de "resurrección" o "renacimiento", que formó parte de las preocupaciones centrales de los ideólogos árabes de aquel tiempo y que tuvo tanta fuerza que dio nombre a los movimientos y partidos que por entonces --hablo de los años 40 del siglo XX-- se formaron en el mundo árabe, resulta muy elocuente a la hora de analizar el *choque de civilizaciones* puesto que arranca de la idea de la agonía o, al menos, la postración de los países árabes. La palabra árabe *ba'ih* --que sirve de nombre común para estos partidos-- significa "resurrección" o "renacimiento". Entraña, por tanto, la idea de "resucitar" algo que está muerto. Por eso, en el fondo de toda esta ideación "resucitadora" yace un sentimiento reivindicativo de los pueblos árabes, lleno de rencor contra Occidente, mezclado con el fanatismo religioso y las aprensiones étnico-culturales del islamismo.

Las apreciaciones de Huntington se fundamentan en sus observaciones de lo ocurrido en la Unión Soviética y en Yugoslavia después de la guerra fría. Esos Estados se desintegraron, en forma violenta, bajo la presión y el enfrentamiento de diferentes civilizaciones. Las profundas diferencias culturales, religiosas y étnicas afloraron tan pronto como se aflojó la rígida ortopedia del régimen marxista. Allí se pusieron en evidencia las tensiones a las que se refiere Huntington.

Uno de los elementos que entraron en consideración del profesor Huntington fue el proyecto, reiteradamente propuesto por los líderes musulmanes de varios países, de formar un amplio frente panárabe, aunque éste, en medio de tropiezos y desgarraduras, no llegó a consolidarse a causa de las fricciones internas, las purgas partidistas, los fanatismos religiosos, las enconadas rivalidades personales y los desencuentros entre los líderes de los países árabes.

El profesor de Harvard sustentó y amplió sus puntos de vista sobre el tema en el libro que con el mismo nombre de "El Choque de Civilizaciones" publicó en 1997. Y después ratificó sus afirmaciones en su nuevo libro: "*¿Quiénes Somos?*", publicado en el 2004.

Huntington, dicho sea de paso, contradice en cierta forma la tesis que sostiene Francis Fukuyama, de que después de la guerra fría la democracia liberal, con su "mercado libre", constituye "el punto final de la evolución ideológica de la humanidad" y "la forma final de gobierno". Y contradice también la profecía de los años 20 del siglo anterior del filósofo alemán Oswald Spengler sobre la "decadencia de Occidente", según

la cual, dentro del ciclo vital de las civilizaciones --que nacen, se desarrollan, llegan a su esplendor para después declinar y morir--, la civilización occidental, por carecer de fuerza ascensional y estar en el "invierno" de su cultura, se acercaba ineluctablemente a su fin.

Los hechos, sin embargo, han sido diferentes: la cultura occidental, por la vía del avance científico y tecnológico, está en su mejor momento y su influencia sobre el planeta es tan fuerte que precisamente por ello ha despertado reacciones violentas en las viejas culturas de Oriente. Como bien afirma Huntington, "la desintegración de la Unión Soviética eliminó al único contrincante serio para Occidente y, como resultado de ello, el mundo está moldeado, y lo seguirá estando, por los objetivos, prioridades e intereses de las principales naciones occidentales, con quizá una ayuda ocasional de Japón".

Lo cierto es que Occidente domina el sistema bancario internacional, le pertenecen todas las divisas fuertes, manda en los mercados internacionales de capital, proporciona la mayor parte de los productos acabados al mercado mundial, controla las rutas marítimas, dirige la educación técnica de punta, impera en el espacio sideral y en la industria aeroespacial, mantiene la hegemonía en las comunicaciones internacionales, es dueño del lenguaje digital, produce 4 de cada 5 palabras y 4 de cada 5 imágenes en las comunicaciones planetarias, domina la industria de armamentos de alta tecnología y es el depositario de los secretos de la revolución genética.

Al desaparecer la división ideológica de Europa con el colapso del comunismo, el levantamiento de la < cortina de hierro y la terminación de la guerra fría, recrudeció la vieja confrontación cultural entre el cristianismo occidental y el islam, cuyas raíces --esencialmente religiosas-- se hunden en la historia. El choque entre las dos civilizaciones es muy antiguo. Las *cruzadas* fueron parte de la conflagración. Las expediciones armadas que enviaron los papas y los reyes desde Europa para rescatar los lugares santos de Palestina que estaban en poder de los turcos otomanos --que se iniciaron a fines del siglo XI por iniciativa del papa Urbano II-- tuvieron el propósito de reconquistar la tumba de Jesús y la ciudad de Jerusalén en poder de los "infieles" y de impedir que los musulmanes avanzaran hacia Occidente para tomar Constantinopla, que era la capital del imperio romano de Oriente. Pero ese avance se dio pese a todo. Los turcos otomanos conquistaron Constantinopla en el año 1453 e impusieron su dominio imperial sobre los Balcanes. La cruenta batalla de Lepanto --del 7 de octubre de 1571-- entre las escuadras aliadas de España, Venecia y el Papado, bajo el comando de don Juan de Austria, y la escuadra turca conducida por Ali Bajá, fue determinante para frenar el avance musulmán en el Mediterráneo. El imperio otomano fue, desde el siglo XIV hasta comienzos del XX, la avanzada islámica sobre Occidente. De modo que la expresión "choque de civilizaciones" es una locución moderna para designar un hecho antiguo.

Los pueblos de Oriente no compartieron las experiencias históricas europeas: el feudalismo, el monarquismo, la reforma protestante, la Ilustración, la Revolución Francesa, la revolución industrial, el socialismo, el fascismo, la revolución

electrónica, la sociedad del conocimiento. Su itinerario histórico es diferente. La propia división de la historia en sus diversas eras es distinta. La occidental fue formulada en el siglo XVII, desde una perspectiva estrictamente eurocéntrica, por el humanista alemán Christopher Keller --llamado también Cristophorus Cellarius, en latín--, quien dividió el acontecer histórico de Occidente en tres grandes periodos: la *Antigüedad*, que se extendió desde la invención de la escritura hasta la caída del Imperio Romano de Occidente; la *Edad Media*, hasta fines del siglo XV; y los *Tiempos Modernos*. Pensadores posteriores agregaron nuevas épocas. Pero estas fueron categorías netamente occidentales, inaplicables a la historia de las civilizaciones de Oriente. Los pueblos musulmanes dividieron la historia de manera diferente. Tomando como referencia la *hégira*, o sea la huida de Mahoma de la ciudad de la Meca en el año 622 de la era cristiana, establecieron esa fecha como el año *uno* de su calendario.

De modo que su desarrollo histórico ha sido diferente y distinto su acervo cultural. Las ideas occidentales sobre individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, imperio del derecho, democracia, mercados libres y separación de iglesia y Estado han tenido poca resonancia en las culturas orientales, como la islámica, la confuciana, la japonesa, la hindú, la budista o la ortodoxa.

Sin embargo, la hipótesis de Huntington es compartida por pensadores y líderes políticos de la vertiente musulmana, que ven que las tensiones entre la civilización occidental y la islámica pueden conducir realmente a un choque de civilizaciones. Por ejemplo, el escritor y periodista musulmán hindú M. J. Akbar afirma que el próximo enfrentamiento contra Occidente "vendrá sin dudas del mundo musulmán" y que "la lucha por un nuevo orden mundial comenzará con la presión de las naciones islámicas, desde Maghreb a Pakistán". No obstante su rusticidad, Saddam Hussein intentó definir la guerra del Golfo como una acción de Occidente contra el Islam, o sea una guerra entre civilizaciones. El ayatolá Khomeini de Irán, en el entendido de que Estados Unidos es la avanzada de Occidente, manifestó que "la lucha contra la agresión, la codicia, los planes y las políticas estadounidenses se considerará como una *yihad*, y quien muera en ella será un mártir". Esta fue una declaración de "guerra santa" contra Occidente. El rey Hussein de Jordania, con referencia a los acontecimientos del Golfo Pérsico, afirmó: "Esta es una guerra contra todos los árabes y todos los musulmanes, y no sólo contra Iraq". Huntington, en su obra *¿Quiénes Somos?*, escribió que "los sermones pronunciados ante los dos millones de musulmanes congregados en el *hajj* anual a la Meca de febrero de 2003 fueron (...) sermones que resonaban con un eco de *choque de civilizaciones*". En un violento discurso ante el parlamento a finales del año 2005, el ultraconservador presidente de Irán, Mahmud Ahmadinejad, habló de la "invasión cultural" que amenaza la identidad iraní.

Es verdad que las consideraciones ideológicas han cedido el paso a las cuestiones culturales de naturaleza religiosa y étnica. El antagonismo entre Estados ha sido sustituido por la lucha dentro de los Estados. Hacia el futuro se puede vislumbrar

que se intensificará la confrontación que se ha iniciado ya entre la civilización occidental y la civilización islámica. La primera, triunfadora de la guerra fría, en su extraordinaria cima de poder con relación a otras civilizaciones, dotada de la enorme fuerza expansiva que le han dado los avances científicos y tecnológicos, ha tratado de penetrar en la segunda --y de hecho la ha penetrado-- pero ésta se ha sentido humillada y ha respondido con actos de violencia terrorista inspirados en un profundo odio hacia Occidente. Muchos observadores de las realidades políticas internacionales ven con preocupación estos hechos. Piensan que la declaración de guerra del islamismo contra Occidente está planteada y que los actos que el terrorismo fundamentalista ha consumado en las calles de Nueva York, Buenos Aires o París no son más que el anuncio de lo que vendrá. Observan que hay una gran agitación integrista en Egipto, Argelia, Irán, Pakistán, Afganistán, Cachemira, Turquía, Libia, Chad, Niger, Nigeria, Mauritania, Etiopía, Sudán, Mali, Túnez, Somalia, Kenia, Uganda, Mozambique, Tanzania, Marruecos, Yemen, Oman, Siria, Iraq, Bosnia, Bulgaria, Azerbiyán, Uzbekistán, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Bangladesh, Indonesia, Malasia, Sri Lanka, Pakistán y otros países, en todos los cuales grupos integristas han desatado acciones violentas para forzar a sus gobiernos a asumir actitudes duras contra Occidente.

En la mañana del 11 de septiembre del 2001 se produjeron en Nueva York y en Washington los más brutales e inhumanos atentados de la historia del >terrorismo. 19 comandos suicidas del fundamentalismo islámico secuestraron cuatro aviones comerciales, tres de los cuales los utilizaron como proyectiles, con pasajeros y todo, contra las *torres gemelas* del World Trade Center en Nueva York y contra el *Pentágono* de Washington, con un saldo 3.248 muertos más centenares de heridos. El cuarto se precipitó sin control, en medio de una lucha en la cabina entre pasajeros y secuestradores, sobre un terreno despoblado cerca de la ciudad de Pittsburg, en Pennsylvania, pero presumiblemente su objetivo era la Casa Blanca o el Capitolio.

Las torres gemelas se incendiaron y, a causa del calor --cerca de 3.000 grados centígrados--, se desplomaron. El mundo vivió horas de horror al ver las transmisiones de televisión en vivo y en directo. Primero apareció en la pantalla la torre norte incendiada y humeante en su parte alta. Eran las 08:46 horas de la mañana, 15 minutos antes del comienzo de la jornada de trabajo, pero ya con mucha gente dentro del edificio. Se explicó que un avión había chocado contra ella. Pero 18 minutos después vimos aproximarse un avión grande a baja altura y embestir a la torre sur, con la secuela de una gran explosión y fuego. No quedaba duda de que se trataba de una acción terrorista muy bien coordinada. Minutos más tarde la TV difundió la información de que un tercer aparato comercial se había estrellado contra el edificio del *Pentágono* en la capital estadounidense y de que otro había caído en un campo deshabitado cercano a la ciudad de Pittsburg, entre Nueva York y Washington. Las cosas estaban claras: se habían atacado a los símbolos del capitalismo y del poder militar norteamericanos. Para mí,

incluso, los autores fueron identificables desde el primer momento: las organizaciones del terror fundamentalista islámico.

Pocos días después las investigaciones del FBI concluyeron que fueron pilotos *kamikaze* islámicos, armados con cuchillos y dagas, los que secuestraron los cuatro aviones: un *boeing 767* de la empresa American Airlines, que partió del aeropuerto de Boston con 11 tripulantes y 81 pasajeros a bordo y que fue estrellado contra la primera torre; un *boeing 767* de la compañía United Airlines, que levantó vuelo en el mismo aeropuerto con 6 tripulantes y 56 pasajeros, lanzado contra la segunda torre; un *boeing 757* de la American Airlines que despegó del aeropuerto Dulles de Washington con 6 tripulantes y 58 pasajeros, que fue impactado contra el *pentágono*; y un *boeing 757* de la United Airlines que decoló en Newark (New Jersey) con 7 tripulantes y 38 pasajeros, algunos de los cuales opusieron resistencia a los secuestradores, que cayó fuera de control en un campo despoblado cercano a la ciudad de Pittsburg, y cuyo destino probablemente era la Casa Blanca o el Capitolio de Washington.

Inmediatamente el presidente George W. Bush prometió "cazar" y sancionar a los terroristas dondequiera que estén y cualquiera que fuera el costo humano, económico y militar. Las primeras sospechas del atentado recayeron sobre el multimillonario terrorista de Arabia Saudita afincado en Afganistán, Ossama Bin Laden, declarado desde hace varios años como su enemigo público número uno por los Estados Unidos, cuya entrega "vivo o muerto" exigió el presidente Bush al gobierno *talibán* presidido por el *mulá* Mohammed Omar. Frente a la negativa de éste a entregarlo, las fuerzas armadas norteamericanas bombardearon los objetivos militares en Afganistán. El gobierno afgano, después de una reunión de urgencia con más de mil sacerdotes y *ulemas* islámicos --doctores en cuestiones mahometanas--, lo mismo que grupos fundamentalistas en diversos países musulmanes, respondieron con la declaración de una "guerra santa" contra los Estados Unidos y sus aliados. Se aprovecharon del *lapsus linguae* cometido por Bush al denominar "cruzada" a su operación militar --con todas las ingratas connotaciones que este término tiene para los seguidores de *Alláh*-- con el fin de condenar desde las mezquitas de los países musulmanes esta "alevosa agresión contra el Islam" y agitar una "guerra santa" contra los Estados Unidos. Los *ulemas* de Indonesia, el mayor de los países musulmanes, llamaron también a la *yihad* contra Occidente.

Los *talibán* (palabra que proviene del persa *telebeh*, que significa "estudiante de religión" o "buscador de la verdad") eran una milicia de primitivos y fanáticos integristas islámicos fundada en 1994 en la ciudad de Kandahar por Mohammed Omar Akhund, que desde 1996 ejerció el gobierno de Afganistán e impuso el más intransigente >fundamentalismo religioso, con normas que penalizaron el uso de la televisión, prohibieron la música, cerraron las salas de cine, vedaron a las mujeres trabajar, estudiar, hablar en voz alta, descubrirse el rostro en la calle y elegir esposo --aunque si un hombre las deseaba se las podía llevar--; clausuraron los colegios femeninos, castigaron con la pena de lapidación la infidelidad conyugal de las mujeres,

obligaron a los hombres a afeitarse el vello del pubis pero les prohibieron cortarse la barba so pena de terribles castigos infligidos por los guardianes de la moral, los homosexuales fueron masacrados a ladrillazos, a los ladrones se les cortaron las manos, estuvieron prohibidos los libros y las revistas no aprobados por la autoridad islámica. Desde la perspectiva social, el hecho de que se hubiera prohibido a las mujeres trabajar fuera de casa fue gravísimo en un país donde había una enorme cantidad de viudas que habían dejado las decenas de miles de hombres muertos durante las guerras civiles.

Ossama Bin Laden y su organización terrorista *Al-Qaeda* fueron declarados enemigos públicos de los Estados Unidos a raíz del primer atentado con un *coche-bomba* contra una de las *torres gemelas* de Nueva York el 26 de febrero de 1993, con un saldo de 10 muertos y 1.000 heridos, y de los atentados dinamiteros en las embajadas norteamericanas de Kenya y Tanzania el 7 de agosto de 1998, con un saldo de 258 muertos y miles de heridos. No obstante, Laden trabajó para la CIA en los años 80 durante la lucha de los guerrilleros afganos contra las fuerzas de ocupación soviéticas, aunque después se convirtió en un implacable enemigo de los Estados Unidos. Protegido por el gobierno fundamentalista *talibán* de Mohammed Omar, desde su madriguera en Afganistán Laden planificó, financió y dirigió las sangrientas acciones terroristas contra los símbolos del poder financiero y militar de los Estados Unidos. Lo hizo en cumplimiento de su propia *fatwa* expedida en 1998: "*Todo musulmán tiene el deber de matar a norteamericanos y a sus aliados*", y de sus palabras pronunciadas tres semanas antes de la hecatombe de Nueva York: "*Haré algo espectacular que los americanos no olvidarán durante años*".

El régimen *talibán* se derrumbó el 12 de noviembre del 2001 cuando la ciudad de Kabul, sede del gobierno, fue ocupada por las fuerzas opositoras de la *Alianza del Norte*, compuesta por minorías étnicas, respaldadas logísticamente por los Estados Unidos. El jefe del gobierno Mohammed Omar salió hacia el exilio. La televisión difundió imágenes conmovedoras de los jóvenes que, libres ya de la férula tiránica, se afeitaban alegremente la barba; de las mujeres que se quitaban su *burka* y mostraban el rostro; de los almacenes que exhibían unos pocos y anticuados aparatos de radio y televisión dispuestos para la venta; de las casas que después de cinco años de silencio volvían a dejar escuchar música.

La lucha de las dos civilizaciones parece originarse en la contradicción fundamental que se da entre la arrogancia y la agresividad expansiva de la tecnología occidental, fruto de la revolución electrónica, y el *>islamismo* con su vieja vocación imperialista y toda su carga de irracionalidad, atraso y dogmatismo, que mantiene a sus pueblos anclados en el pasado. Este conflicto hunde sus raíces en la vieja confrontación católico-musulmana comprometida desde remotos tiempos en un combate a muerte por conquistar poder, tierras y almas. El *<catolicismo* y el *>islamismo* son religiones con aspiraciones universales y exclusivistas. Tienden a ver al mundo en términos duales y poseen una concepción maniquea de la vida. Proclaman que su fe es la única verdadera e

imponen a sus fieles la obligación de convertir a los no creyentes o a los creyentes de otras deidades. Su afán de conquista llevó al uno a organizar las *cruzadas* y al otro a promover el *jihad*, que son dos grandes expresiones de fanatismo. Lo curioso de todo esto es que el conflicto entre ellos ha surgido no por lo que les diferencia sino, al contrario y paradójicamente, por lo que les asemeja: su monoteísmo, su sentido misional de la vida, su vocación de dominio político, sus afanes de poder temporal y su intransigencia.

Con el triunfo del capitalismo occidental en la confrontación Este-Oeste -- por haber sido más fuerte, mejor dotado para la lucha y más versátil para adecuarse a las nuevas circunstancias dictadas por la revolución tecnológica-- se ha producido un proceso de "occidentalización" del mundo. Esto se nota no sólo en las altas y sofisticadas expresiones de la tecnología sino también en la forma de organizar la sociedad, en su economía, en la nueva escala de valores éticos y estéticos, en las costumbres, en las pautas de consumo, en los modos de vestir y en muchos otros elementos de la vida cotidiana. Están en camino de eclipsarse los valores de las viejas culturas de Oriente a pesar de sus hondas raíces en el pasado y se está formando un mundo homogeneizado por la fuerza avasalladora del capitalismo occidental que ha extendido por todas partes el poder de sus conocimientos científicos y tecnológicos y que ha modelado una forma de sociedad que tiende a volverse universal. La respuesta del fundamentalismo musulmán frente a la ofensiva cultural de Occidente ha sido la violencia. Se han multiplicado las acciones terroristas en muchas partes. Y la lucha entre las dos civilizaciones ha quedado planteada en términos preocupantes.

Pero la contraofensiva islámica no sólo se ha manifestado en acciones terroristas sino también en el crecimiento y movilización de las comunidades musulmanas en las ciudades occidentales. Esto ha suscitado en los Estados Unidos una verdadera obsesión por la "amenaza islámica" que ha penetrado especialmente en los guetos negros donde habita la *underclass* norteamericana y donde el grado de insatisfacción social y los índices de criminalidad son muy altos. El islamismo en los Estados Unidos se ha juntado con las reivindicaciones del *>negrismo* contra el poder blanco y ha producido una mezcla explosiva. El movimiento de los *black muslims*, por ejemplo, predica el separatismo político de los negros y la vuelta al islam para que sean salvados por Alá y, en su posición de ruptura con la sociedad blanca, se ha propuesto crear el "poder negro". En Gran Bretaña hay también una fuerte población musulmana de características contestatarias, asentada en la periferia de Londres, que proviene principalmente de la inmigración de Pakistán y la India. El joven intelectual Gilles Kepel, en su libro "*Al Oeste de Alá*", sostiene la tesis de que en la *fatwa* dictada por Khomeini contra Salman Rushdie en 1988 por los "*Versos Satánicos*" fueron los políticos musulmanes de la India, de la corriente inspirada por Abu'l Alá Al-Mawdudi, líder del movimiento islámico más importante del subcontinente indio, los que jugaron el papel más importante en la condenación del escritor inglés. En lo que a Francia se refiere, la comunidad musulmana principalmente de origen argelino, obediente al *Frente Islámico*

de Salvación (FIS) de Argelia, lanzó en 1990 lo que Kepel denominó la *intifada de los suburbios* con la mira de desarticular la sociedad francesa. Antes ya había planteado un conflicto de grandes repercusiones con las tres alumnas musulmanas francesas de origen marroquí que exigían el derecho de portar el velo dentro de las aulas o sea de vestirse de acuerdo con sus creencias religiosas.

Muchos observadores de la historia piensan que es imposible modernizar las sociedades de Oriente sin "occidentalizarlas". Yo me adhiero a ese punto de vista puesto que la creación de la tecnología de punta es hoy un patrimonio de Occidente. Lo cual vuelve inevitable que junto con los conocimientos tecnológicos penetren los valores de la cultura occidental. Ese es el problema. Las sociedades orientales sufren una profunda división entre quienes han adoptado la cultura occidental y quienes han seguido adheridos a la cultura indígena. Esa confrontación ha llevado en algunos casos a reacciones violentas para restaurar los primitivos regímenes culturales --como la que ocurrió en 1979 con el triunfo insurreccional del movimiento fundamentalista guiado por el ayatolá Ruhollah Khomeini contra el Shah de Irán-- o a represalias terroristas desatadas sobre los países occidentales.

No parece haber la posibilidad real de combinar la modernización con la preservación de los valores básicos de la cultura indígena, como piensa el profesor Huntington. Los intentos de conciliación entre la modernización y el islamismo parecen condenados al fracaso. Eso pretendieron ya en la segunda mitad del siglo XIX algunos reformadores orientales --como Jamai al-Din al-Afghani o Muhammad Abduh-- para adoptar la ciencia y la tecnología modernas en el marco de las culturas islámicas, pero el intento fue vano. Esta no parece ser una fórmula viable. No veo factible modernizar las sociedades musulmanas sin *occidentalizarlas* puesto que la inserción tecnológica produce inevitablemente cambios muy importantes en la organización social. No hay manera de "tomar prestados" conocimientos, ideas, técnicas, productos, instituciones y elementos de otras civilizaciones y al propio tiempo mantener intocada la cultura de la sociedad receptora.

La revolución de las comunicaciones y del transporte está creando la <"*aldea global*"> y unificando la cultura. Es muy difícil mantenerse al margen de este proceso. Basta pensar que cada vez más la gente consume los mismos productos, lee los mismos libros, mira las mismas películas y atiende los mismos programas de televisión por satélite. Es decir: participa de la misma cultura irradiada principalmente desde Occidente.

Esto me conduce a concluir que la modernización lleva implícita la *occidentalización*. No puede separarse lo moderno de lo occidental en términos de ciencia y tecnología. La tecnología moderna es occidental. Esto lo saben bien los líderes de las sociedades no occidentales y esa es la fuente de sus preocupaciones y de su hostilidad contra Occidente.

José Luis Rodríguez Zapatero, Presidente del Gobierno Español, en su

discurso ante la 59ª Asamblea General de las Naciones Unidas en septiembre de 2004 planteó la "alianza de civilizaciones" entre Occidente y el mundo árabe musulmán con el propósito de romper la perversa dinámica de lucha y terrorismo alentada por el fundamentalismo islámico, con su "guerra santa" (*yihad*) contra los "infieles". Y propuso al Secretario General de la ONU, Kofi Annan, la integración de un grupo de trabajo de alto nivel que debatiera los retos comunes. "El objetivo fundamental --dijo el líder español-- es profundizar en la relación política, cultural, educativa, entre lo que representa el llamado mundo occidental y el ámbito de países árabes y musulmanes" a fin de combatir el terrorismo internacional por una vía que no sea la militar.

El planteamiento del presidente español recibió inmediatamente el respaldo de Tecep Tayyip Erdogan, primer ministro de Turquía y líder del partido islámico de la Justicia y del Desarrollo; de la Liga Árabe; de la Organización de la Conferencia Islámica; y del Secretario General de las Naciones Unidas, Kofi Annan, quien formó un grupo de alto nivel para trabajar en la aproximación y buen entendimiento entre las civilizaciones, encabezado por el español Federico Mayor Zaragoza, presidente de la Fundación Cultura de Paz y ex director general de la UNESCO, y por el jurista turco Mehmet Aydyn, e integrado por: Sheikha Mozah, presidenta de la Fundación para la Educación, Ciencia y Desarrollo de la Comunidad de Qatar, Mohamed Charfi, ex ministro de educación de Túnez; Ismail Serageldin, presidente de la Biblioteca de Alejandría; Andre Azoulay, asesor del rey Mohammed VI de Marruecos; Moustapha Niasse, ex primer ministro de Senegal; el arzobispo Desmond Tutu de Ciudad del Cabo en Sudáfrica; Hubert Vedrine, ex ministro de Asuntos Exteriores de Francia; la historiadora inglesa de las religiones Karen Armstrong; el profesor Vitaly Naumkin, presidente del Centro Internacional de Estudios Políticos y Estratégicos de la Federación Rusa; el profesor norteamericano John Esposito, fundador y director del Centro para el Entendimiento Musulmán-Cristiano de la Universidad de Georgetown; el rabino norteamericano Arthur Schneier, presidente de la Fundación *Appeal of Conscience*; el uruguayo Enrique Iglesias, secretario general de la Comunidad Iberoamericana; la doctora pakistaní Nafis Sadik, asesora especial del secretario general de las Naciones Unidas; Shobana Bhartia, directora del *Hindustan Times* de Nueva Delhi; y Ali Alatas, ex ministro de Relaciones Exteriores de Indonesia.

Sin duda, uno de los desafíos de la política internacional de los próximos años será impedir que los conflictos entre civilizaciones se conviertan en guerras importantes, o sea lograr una "coexistencia pacífica" entre las civilizaciones.

La propuesta española, planteada a raíz del 11-S y de otros sangrientos actos terroristas islámicos en Europa, tuvo como antecedente remoto la invocación de un "diálogo de civilizaciones" hecha en 1977 por el intelectual marxista francés Roger Garaudy --convertido al islam-- y, más recientemente, la propuesta del presidente de Irán, Mohammad Khatami, en la última década del siglo anterior, de abrir un "diálogo de civilizaciones" para superar la división ideológica entre cristianos y musulmanes.

Khatami habló de un "diálogo respetuoso" entre las diversas ideologías, religiones y sistemas de valores para vencer la intolerancia, la desconfianza mutua y los arrogantes intentos de imponer los principios de una civilización sobre las demás. La ONU, como respuesta, proclamó que 1998 era el *Año del Diálogo de Civilizaciones*, proclama que fue ratificada por la Asamblea General de la Organización Mundial el 20 de octubre del 2005, a raíz de la propuesta del presidente del gobierno español, con un llamado a la comunidad internacional para promover la cultura de paz entre las civilizaciones.

Los designios tan altruistas como utópicos del presidente Rodríguez Zapatero de impulsar la alianza entre civilizaciones partieron, sin duda, de la herencia cultural de España, con hondas raíces árabes, que da a su política exterior una relación especial con los países de esa procedencia y que le imprime un mayor grado de tolerancia a sus ideas y prácticas, aunque no todos los españoles comparten esta opinión, puesto que las dos culturas tienen muy poco en común y discrepan radicalmente en las concepciones de libertad religiosa, democracia, laicismo estatal, derechos de la mujer, tolerancia sexual, pena capital contra las mujeres infieles, etc., etc. De cierta manera Miguel de Unamuno recogió este sentimiento cuando dijo alguna vez que, "sobre los árabes, tengo una profunda aversión por ellos, apenas creo en la llamada civilización árabe y considero que su paso por España ha sido uno de las más grandes infortunios que hemos sufrido".

Políticos de la oposición al gobierno socialista español cuestionaron la viabilidad práctica de la propuesta presidencial, entre otras razones, por la carencia de recursos financieros. Recordaron que ciertos acuerdos norteamericanos con la Liga Árabe implicaron para los Estados Unidos la erogación de importantes sumas de dinero. En el año 2003 Egipto recibió 1.300 millones de dólares como ayuda militar y 615 millones para programas sociales, de modo que fue el segundo mayor beneficiario de la ayuda exterior norteamericana. Se calcula que Egipto ha recibido de los Estados Unidos más de 50.000 millones de dólares en las últimas tres décadas del siglo XX. Cosa parecida, aunque en menor escala, ocurrió con Jordania y otros países árabes, que en aquel período recibieron enormes cantidades de dólares como apoyo económico y ayuda militar. Estas opciones están muy lejos, ha dicho la oposición española, de las posibilidades del gobierno de su país.

Pero la propuesta del líder socialista español tuvo pronta resonancia en América Latina. Por iniciativa del presidente brasileño Luiz Inacio Lula se reunieron en Brasilia del 10 al 12 de mayo del 2005 veintidós representantes de la Liga Árabe --de quienes cinco eran presidentes-- y doce de América del Sur --de quienes siete eran presidentes-- con el propósito de crear una "alianza de civilizaciones", que entrañara una cooperación financiera Sur-Sur, y de repudiar la tesis del *choque de civilizaciones*.

REGISTRO DE EXEMPLARES

CONJUNTO DE 10 VOLUMENES
10 VOLUMENES DE 100 PAGINAS CADA UNO

100 PAGINAS CADA UNO

100 PAGINAS CADA UNO